

Los árabes no quieren un nuevo Irak

Los Gobiernos de la región aceptan la resolución de la ONU pero rechazan la ocupación del país ● La oposición a Gadafi aplaude la intervención militar

J. M. MUÑOZ / I. CEMBRERO
El Cairo / Madrid

El sepulcral silencio de la gran mayoría de los 22 Estados de la Liga Árabe solo fue roto ayer por el secretario general de la organización que les agrupa, Amr Musa, quien expuso con claridad el temor que embarga a sus miembros: “El objetivo primordial es proteger a los civiles, y no invadir (...) un país”. “No queremos que ninguna parte vaya demasiado lejos”, subrayó.

Coinciden todos los países árabes e incluso el Consejo Nacional libio que reagrupa a los sublevados contra Muamar el Gadafi: ningún soldado occidental debe pisar suelo libio. La sombra de las guerras de Irak y Afganistán —el alto número de muertos en ambos conflictos— incita a las capitales árabes a ser cautas.

Pocas veces las reuniones de la Liga Árabe, casi siempre ineficaz, resultaron útiles. El sábado pasado decidió, sin embargo, apoyar la zona de exclusión aérea sobre Libia en línea con la Conferencia de la Organización Islámica. La Liga recurrió a un malabarismo verbal: respaldó vetar los vuelos de los aviones libios, pero rechazó al mismo tiempo una intervención extranjera. El problema es que la zona de exclusión lo es.

Solo Turquía —país musulmán, aunque no árabe, y miembro de la OTAN— alzó la voz enérgicamente para exigir un alto el fuego inmediato. La mayoría de las naciones islámicas ha optado, sin embargo, por un perfil bajo, por mucho que varios de sus gobernantes detesten a Gadafi.

Cuando sus Gobiernos hablan, como lo hizo ayer Túnez, es para dejar claro que no participarán en la aventura militar. Solo Catar y Emiratos Árabes Unidos —los que con más vigor impulsaron la aprobación de la zona de exclusión el sábado pasado— se declaran dispuestos a participar, pero sin dar detalles.

Desde un punto de vista militar no es relevante la ausencia de los Ejércitos árabes en la operación ya en marcha. Poco podrían



El ministro de Asuntos Exteriores libio, Musa Kusa, ayer ante la prensa en Trípoli. / Z. BENSEMRA (REUTERS)

“El objetivo es proteger a civiles y no una invasión”, insiste Amr Musa

aportar a la potente maquinaria bélica occidental que capitanean Francia y Reino Unido.

Lo de verdad importante es el aval que brinda la resolución de la Liga Árabe. Evita así que la zona de exclusión aérea sea vista como una injerencia occidental en

una región cuyas poblaciones aborrecen las intrusiones foráneas.

Muchos Gobiernos árabes andan además demasiado enfrascados en sofocar sus revueltas internas como para poder unirse a las operaciones de los próximos días.

La opinión pública árabe, al menos la que se manifiesta en las redes sociales de Internet, aplaude, en cambio, la resolución de la ONU y pide a Occidente que actúe sin dilación contra Gadafi.

La oposición libia en el exilio está “muy satisfecha” con la decisión tomada, afirmaba desde París Othman Ben Sasi. “Ahora espe-

ramos hechos sobre el terreno”, añadía. “La resolución llega un poco tarde”, se lamentaba, no obstante, desde Delft (Holanda) el escritor y periodista libio Omar el Keddi. “Si se hubiese producido hace una semana habría salvado muchas vidas y habría obligado al dictador a largarse”, asegura.

El Keddi achaca la tardanza al lastre que arrastra EE UU por sus “errores en Irak y Afganistán”. “Y eso que Libia es el lugar ideal para aplicar la política de apoyo a la emancipación de los árabes que anunció Barack Obama en El Cairo”, en abril de 2009.

La policía de Siria mata a tiros a tres manifestantes

AGENCIAS, Damasco

Las fuerzas de seguridad del régimen de Bachar el Asad mataron ayer a al menos tres personas e hirieron a decenas más al abrir fuego contra una manifestación pacífica que reclamaba libertades públicas y el fin de la corrupción en Deraa, a 120 kilómetros de Damasco, según informó un vecino a Reuters. Es la primera vez que estalla la violencia en Siria desde que comenzaron las revueltas árabes. La agencia France Presse elevó los fallecidos a cuatro y los heridos a centenares citando a un activista de derechos humanos. “Muchos de ellos [de los heridos] fueron secuestrados por los servicios de seguridad del hospital y llevados a algún lugar desconocido”, según el citado activista.

Las tres víctimas mortales eran parte de las miles de personas que marchaban por la ciudad al grito de “Dios, Siria y libertad” y que acusaban de corrupción a la familia del presidente El Asad.

Un vídeo difundido en YouTube mostraba a los que presentó como manifestantes gritando contra el millonario sirio Rami Makhlouf, primo del dictador sirio. “¡Makhlouf, ladrón!”, gritaban. Los agentes recibieron refuerzos del Ejército, según el citado residente.

La agencia oficial Sana dio la siguiente versión del suceso: “Algunos han aprovechado una manifestación en Deraa para causar la anarquía con actos de violencia que han causado daños”. Las autoridades sirias habían logrado abortar hasta ahora los intentos de protesta.

El suceso provocó la repulsa de la Casa Blanca. “Estados Unidos condena firmemente la violencia que ha tenido lugar en Siria hoy [por ayer] e insta al Gobierno sirio a permitir las manifestaciones que tengan lugar pacíficamente”, dijo un portavoz del Consejo Nacional de Seguridad. “Los responsables de la violencia deben rendir cuentas”.

Ser europeo ya no da vergüenza

ANÁLISIS

Vicente Palacio

Una feliz carambola en el Consejo de Seguridad nos ha devuelto por un instante la fe en Naciones Unidas: al final hubo resolución. Sin embargo, esta le debe muy poco a la UE como tal. La euforia del momento no debe hacernos olvidar dos cosas: una, la urgencia de que la Unión Europea ponga todo su esfuerzo en reformar una obsoleta organización; dos, que el tan cacareado multilateralismo europeo va mal.

En estas semanas, hemos confrontado la dura realidad de una ausencia de liderazgo en Europa, la ineficacia y la falta de sintonía entre las nuevas figuras de la política exterior y de seguridad del Tratado de Lis-

boa. Al *declaracionismo* del Consejo Europeo, la debilidad de la Alta Representante, la impotencia del Parlamento en su papel de policía bueno, se unieron el *ombli-guismo* de Merkel y la sobreactuación de Sarkozy y Cameron, y el viejo tic de mirar de reojo a ver qué hace EE UU. De no ser por la sorpresa de último minuto, quizá Europa hubiera vuelto a lo mismo: a no actuar cuando más se la necesita.

De este primer capítulo, pueden extraerse algunas conclusiones, siquiera provisionales. Primero, quizá en adelante Francia y Reino Unido se cuestionen aquello de una Política Común de Seguridad y Defensa europea; puede incluso que la OTAN se reafirme en detrimento de esta. Segundo, el prestigio de la UE como actor global podría hundirse antes de nacer, si

ante las eventuales adversidades de esta operación militar no exhibe firme determinación. Sin ella, su influencia en los procesos de Egipto, Túnez, y los que vengan, quedaría muy mermada. Tercero, Europa no solo habrá de trabajar en la reforma de Naciones Unidas, sino también en crear ágiles mecanismos y protocolos de concertación interna. Ciertamente, un éxito de la intervención crearía un magnífico precedente, y ablandaría algo las resistencias de China o Rusia en el futuro. Pero con independencia del resultado, y mientras la reforma llega, la UE habrá de poner en claro de una vez su propia doctrina —los criterios y los medios— para intervenir en el exterior.

¿Dónde queda España? Desde la retirada de Irak en 2003, parece empeñada en ser tanto o más *onusiana* que la ONU, con-

dicionando su acción invariablemente al aval del Consejo de Seguridad. Por fortuna, esta resolución pone de nuevo a nuestro país en el mapa, y le ofrece una oportunidad para posicionarse en el futuro de manera más consistente con su defensa de los derechos humanos. Dada la probabilidad de nuevas situaciones parecidas en África o Asia, sería bueno que al menos este y sucesivos Gobiernos echen el resto en la ONU para que la responsabilidad de proteger cristalice en base legal de acciones de último recurso que impidan desplazamientos masivos y matanzas de civiles. ¿Por qué no convocar también a ello a nuestros grandes socios latinoamericanos? España y la UE tienen que plantearse ya un cambio de rumbo, para no volver a sentir vergüenza de ser europeos.

Vicente Palacio es director adjunto del Observatorio de Política Exterior Española (Opex) de la Fundación Alternativas.